

PLUMA Y LAPIZ
Número 141

LUNA DE MIEL, POR
SIERRA DE LUNA

LOS ARTISTAS EN LA INTIMIDAD

Isabel Bru

Es el caso que, entraba yo la otra noche en el escenario de Apolo y me encontré de manos á boca con el simpático Manolo Carretero que salió y me dijo, deteniéndome de pronto:

—Hombre, celebros encontrarle á usted.

—Lo mismo digo. Para mí siempre es un placer muy grande...

—Déjese usted de cumplimientos, — contestó riendo— y vamos á cosas más importantes. —

Abrí mucho los ojos como quien espera una noticia sensacional, y Carretero, llevándome á un rincón, principió á hablar del siguiente modo:

—Tengo el compromiso formal, ineludible, de hacerle algo á Isabel Bru.

—¿Dónde?

—En PLUMA Y LÁPIZ.

—Que sea enhorabuena—dije sin poderme contener y con su poquito de envidia, la verdad.

Volvió á reirse Carretero y continuó hablando con gran entusiasmo...

—He abierto una sección muy interesante por la que pienso que desfilen todos los artistas líricos y dramáticos que gozan de popularidad y renombre. No quiero biografías amazacotadas, sino apuntes ligeros, notas artísticas acerca de su carácter, de su temperamento, salpimentados con anécdotas, con sucesos de su vida que siempre saborea el público con fruición. ¡Oh, amigo mío! no puede usted imaginarse lo que á la gente le interesan las intimidades de los artistas, sobre todo cuando se trata de una mujer bonita como en el caso actual.

—Chóquela usted—exclamé sin poder contenerme— veo que tiene usted buen gusto, porque como guapa, es guapa, ¡rediez!

—¿Que si lo es? ¿Usted se ha fijado en aquellos ojos?...

—¡A quién se lo cuenta usted!... ¡Si no hago otra cosa de tres meses acá!...

—¿Y ha reparado usted en aquel busto de reina?...

—¡Pues no he de reparar, ángel de Dios!...

—Y en aquellas caderas y en aquellos andares... ¿Ha reparado usted en los andares?

—¡Y dale! ¡No le digo á usted que hace tres meses que no reparo en otra cosa! ¡Si lo sabré yo!

—¡Ahl! ¿Pero es de veras?

—Por mi salud.

—Pues voy á proporcionarle á usted un buen rato, ya que tanto le interesa á usted la artista en cuestión. Va usted á hacerme el favor de *interviewarla*.

—¿Yo?

—Usted.

—¡Mire usted que no se va á dejar!...

—Sabiedo para lo que es, creo que no tendrá inconveniente.

—Es que ella es enemiga de estas cosas.

—No importa. Se lo pide usted hasta de rodillas si es necesario y acabará por acceder. ¡Conozco el corazón femenino!

—Y ¿usted cree que pidiéndolo de rodillas me lo concederá?

—¡Qué duda cabel!

—¡Basta!—exclamé trágicamente.—¡Ni una palabra más! ¡Tendrá usted lo que desea!—

Y dejando á Manolo Carretero con la palabra



en la boca, entré como una tromba en el cuarto de la indiscutible primera tiple de Apolo.

Estaba vistiéndose para *la tercera*. Esperé cinco minutos y salió sonriendo.

—¿Qué te trae por aquí?— me dijo.

—Vengo á *interviurarte*— le respondí, procurando ponerme todo lo serio que las circunstancias requerían.

Fulminó sobre mí una mirada que me hizo temblar de pies á cabeza, y luego, sentándose á mi lado (¡ay!) y dulcificando un tanto la expresión de su semblante, exclamó, envolviéndome en una mirada *de las suyas*.

—¡Qué tontísimo eres, hijito!... Sabes que no me gustan estas cosas y, sin embargo...

—Isabel, te juro que se trata de un compromiso ineludible... Además, no tienes motivo para quejarte; sabes que conozco tanto como el primero *tu vida y milagros* artísticamente hablando, claro está; podía, por lo tanto, haber hecho de memoria esta especie de semblanza tuya que me encargan, y, sin embargo, prefiero venir á solicitar este favor de ti, porque sé que eres poco partidaria de este género de intimidades.

—No, hombre, no,—respondió riendo.— No es que yo sea refractaria á eso, al contrario. Pero creo que no deben hacerse más biografías que las de las personas que tengan historia artística... y ya tú sabes que yo no la tengo.

—Bien, pero...

—Ni una palabra más, como tú dices.

—¡Ingrata!—prorrumpí levantándome.—¡De este modo tratas á un amigo que te quiere tanto como yo! ¡De esta manera te niegas á una cosa que á ti no te cuesta trabajo ninguno y á mí me haría quedar airosamente con un amigo á quien deseo complacer!

—¡Ay, hijo, qué serio te pones! ¡Nunca te he visto así!...

—¡Alguna vez había de ser la primera!—la interrumpí fingiendo una seriedad que no sentía y haciendo ademán de coger el sombrero para marcharme.

Me detuvo con un gesto, y luego, indicándome



nuevamente la silla y poniendo su brazo derecho en el respaldo, principió á hablar del modo siguiente, mientras sus ojos negros miraban á lo alto como recordando...

—Dí que soy valenciana, como tú. Que vengo de familia de artistas, porque mi hermana fué primera tiple de zarzuela grande, y mi padre un barítono excelente, según todas las personas que le conocieron *en el trabajo*. El fué mi único maestro, no he tenido otro... ni lo he necesitado. Con nadie mejor que él podía haber aprendido y nadie había de educarme con mayores solitudes, con más cariño ni con cuidado más exquisito.

—Verdad.

—Hasta que vine á Madrid apenas si había yo hecho nada en el teatro. Me presenté en Eslava con *La Czarina*, tuve la suerte de gustar y á partir de aquí mi

camino de artista está llenito de flores. El estreno de *El tambor de granaderos*, al poco tiempo, me elevó á la categoría que hoy ocupo. ¡Dios se lo pague al público y á los autores que en aquella temporada y en el corto espacio de una noche, saltando por todo el escalafón, concedieron al pobre tamborcillo el tercer entorchado!

—No hicieron más que lo que debían—dije con entusiasmo.— Aquella fué una de tus creaciones más felices.

—Gracias, pide lo que quieras—me replicó riendo.—Bueno, pues á partir de aquí mi historia es todavía mucho menos interesante. Rompí con la empresa de Eslava... é inmediatamente pasé á Apolo solicitada por Chapí, que siempre me ha demostrado mucho cariño y ha tenido para mí infinitas atenciones. No he salido ya de Apolo donde dicen que soy una institución ¡menos mall y aquí he estrenado infinidad de obras con fortuna para mí siempre. Díganlo si no los grandes éxitos de *Las Bravías*, *La Revoltosa*, *La Chavala*, *Los Golfos*... y tantas y tantas otras que no hay para que recordar, porque todos los que se ocupan poco ó mucho de teatros las conocen de sobra.

—¿Nada más?

—¿Qué más quieres? ¿No he empezado por decirte que mi historia es vulgarísima?

—Sí, pero es que yo quisiera...

—¿Qué?—murmuró alarmada.

—Nada, mujer, no te asustes. Quisiera... una anécdota, una nota íntima de tu vida, algo que hiciese más interesante esto que no me atrevo á llamar información...

—¡Ah, sí! Pues mira, voy á contarte una cosa que me ocurrió hace algún tiempo.

—Venga.

—Nos hallábamos en una población del reino de Valencia donde actuaba la compañía dirigida por mi padre y de la que formaban parte mi hermana mayor y mi tía, tiple también y de gran renombre en sus tiempos. Yo tenía entonces doce años y una afición tan grande al teatro que, durante las representaciones, no me apartaba de la primera caja de bastidores por más que mi padre me reñía; de este modo logré en poco tiempo saberme de memoria todo el repertorio.

—No me extraña. ¡Tú siempre has sido muy listal

—Bueno, no me interrumpas que va á venir el traspunte...

—Callo y te oigo.

—Corriente. Una noche estaba anunciado *Cádiz*, obra en la que la compañía de don Francisco Bru había armado allí una revolución y poco antes de dar principio el espectáculo nos encontramos en el mayor de los conflictos. Mi tía se había puesto repentinamente enferma y mi hermana no sabía la obra... El compromiso era de los gordos, y mi pobre padre andaba loco de uno á otro lado sin saber cómo solucionar aquello. Así las cosas, se me ocurrió á mi una idea salvadora.

—¿Y fué?...

—Hacer yo la obra. Sin decir á nadie una palabra me vestí el traje de la protagonista y me presenté ante mi padre que no salía de su asombro y no se atrevía de

ningún modo á darme permiso para tanto... Pero la entrada estaba hecha, el teatro lleno de bote en bote, y el público empezaba á impacientarse por la tardanza. Más muerto que vivo, dió mi padre la orden de empezar y se levantó el telón.

—¡Qué apuros pasarías!

—No lo creas, en mi vida he estado más serena. ¿No te digo que tenía doce años? ¡Hace muchos milagros la poca edad!

—¿Y los sacaste del compromiso?

—Y de tal modo que desde aquella noche fuí primera tiple en la compañía. El público entusiasmado me hizo una ovación delirante. La prensa, al día siguiente, echó las campanas á vuelo, me brotaron amigos y admiradores como por encanto y fuí la niña mimada por todos.—

En este momento se abrió repentinamente la puerta del cuarto, y Suárez, conocido el traspunte de Apolo, dió la voz sacramental:

—Señorita Bru, á escena.—

Isabel se levantó. Me tendió la mano sonriendo y me dijo cariñosamente:

—Conque ya lo sabes, hijito; esta es mi historia artística. Tú harás lo que quieres; pero creo que no debías publicarla, porque no tiene saliente...—

Y se fué del cuarto, erguida, majestuosa, luciendo su busto de reina y sus caderas redondas, artísticas como curvas de ánfora.

Y yo lancé un suspiro, no sé si de satisfacción... ó de todo lo contrario, y corrí en busca del simpático Manolo Carretero, con objeto de hacerle partícipe de mis impresiones y ofrecerle que al punto las trasladaría al papel para que fuesen á parar á manos del director de PLUMA Y LÁPIZ.

RAMÓN ASENSIO

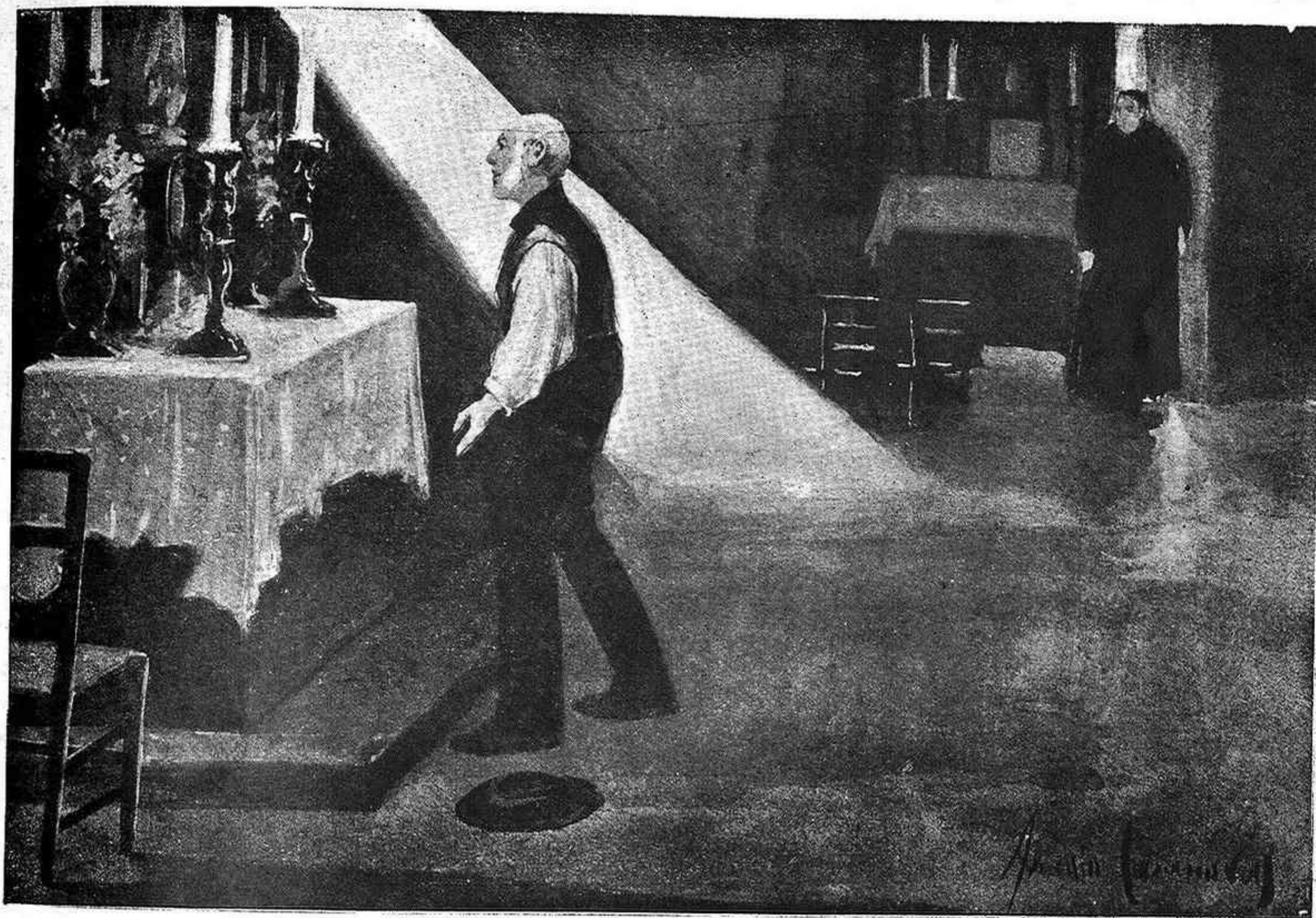
MÁS



zald? Mal fin tenga su mercé, señor San Rafael, si no digo la verdá por estas cruces, ¡por éstas! Quemao se vea y no farte carbón el jue de Osuna que me tuvo tres años á la sombra, porque probando un caballo echó á correr, y fué á parar á Huelva, ande le tuve que vendé pa un apuro. ¡Que me llevé el caballo! ¡Pá eso dejé allí el látigo en prenda! El mundo está perdido, señor San Rafael! Los gitanos é vergüenza no podemos vivir. Si yo hubiera sto gitano de pupila sería ya presonaje. Por sus muertos que no lo engaño... —
«¿Qué le ha pasado al tío Juan?» decía la gente después de verlo días enteros en aquella actitud.

El cura se preguntaba lo mismo, y como el sistema preventivo es conveniente, advirtió al sacristán que no perdiera de vista las manos del tío Juan el Largo.

Pasó algún tiempo. El gitano rezaba más cada día. Aquel hombre no podía ser un tuno. Sería un monomaniaco religioso. Se observaban en él algunos actos que demostraban que no tenía sus sentidos cabales. Supersticioso como buen gitano, se levantaba lleno de terror al sentir el menor ruido, miraba con miedo al fondo oscuro de las capillas y temblaba siempre que estaba delante del busto



de San Francisco de Paula. San Rafael era el único que no le infundía espanto.

Convencido de ello el cura, no se ocupó más del tío Juan. El sacristán, á su vez, abandonó su vigilancia y el tío Juan concluyó por ser en la iglesia un devoto majadero, pero inofensivo.

Una tarde de verano, después de vísperas, tomó el sacristán unas copas y se tendió á dormir la siesta en el banco de la sacristía. El gitano oyó de pronto los ronquidos. Alargó la oreja, estiró el cuello y estuvo escuchando largo rato. El sacristán dormía como un lirón.

Se levantó el tío Juan, y de un salto se subió á la mesa del altar mayor; llevó las manos al pez de plata que había en la peana de San Rafael y tiró con fuerza, pero al tirar del pez, que estaba bien

sujeto, la imagen se le vino encima, y el santo, bastón en mano, dió con su cabeza en la cabeza del tío Juan.

El hombre se quedó medio muerto. Miraba al santo con ojos espantados; temblábanle las piernas; le castañeteaban de miedo los dientes. ¡San Rafael iba de verasl...

Sacando la voz de lo hondo, balbuceando las palabras, el tío Juan puso las manos en el pecho de la imagen y dijo:

— *Arrepare un poco su mercé lo que jace y no sea su mercé tan desconfiao, señor San Rafael. Yo no iba á robar á su mercé er besugo. ¡Si era pa verlo!*—

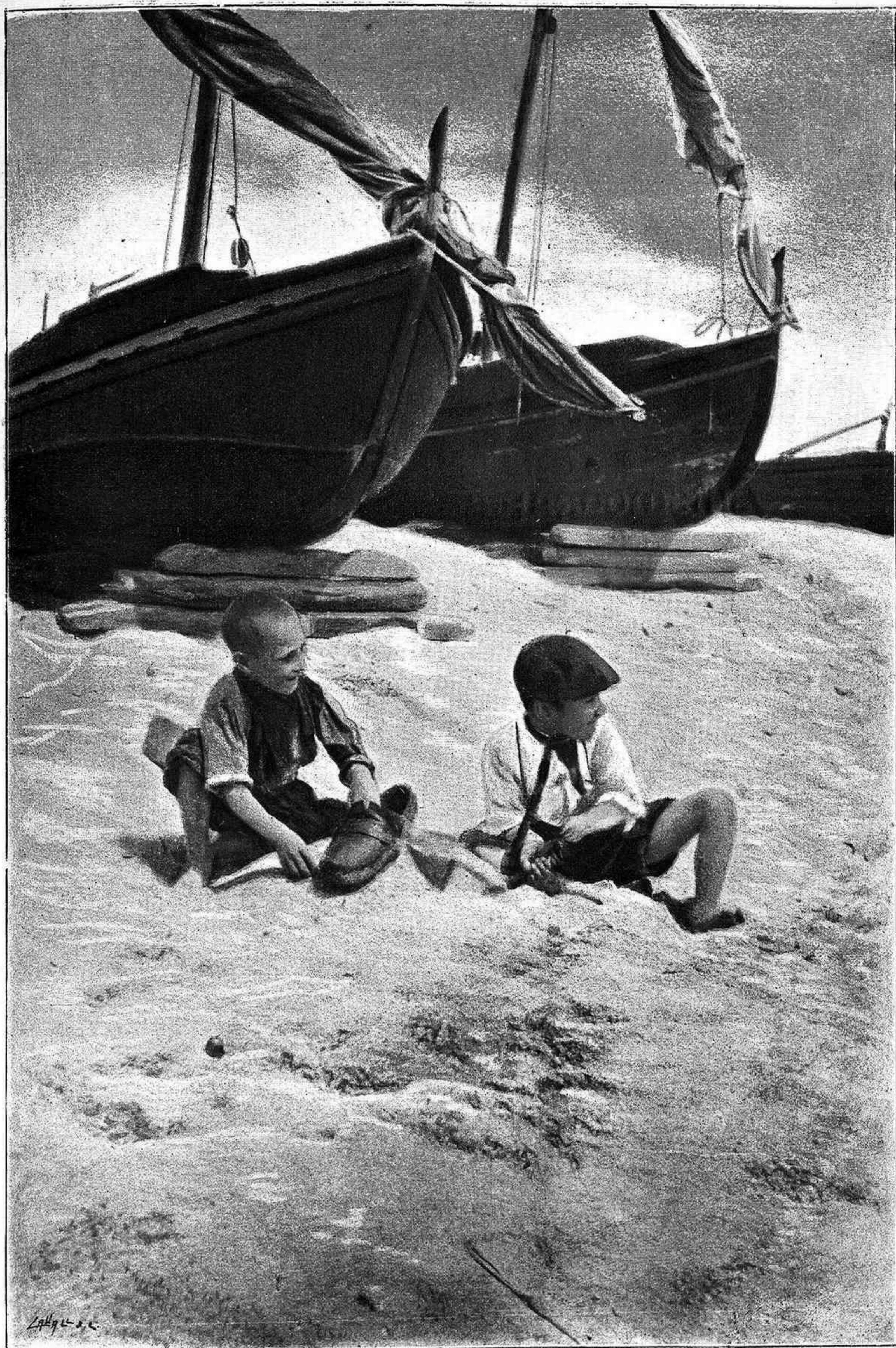
ALFREDO CAZABÁN

(Ilustraciones de Casanovas.)



INVENTANDO UNA MENTIRA

Neg. de Labielle.



BRISAS MARINAS

Neg. de Labielle.



CHISMOGRAFIAS PARISIENSES

Lecturas

A los lectores de PLUMA Y LÁPIZ que quieran ser iniciados en los pequeños misterios de la cocina teatral, les dedico el presente cuadro de la lectura de obras nuevas á los artistas de los principales coliseos de París.

Teatro de la Comedia Francesa

No todos los artistas de la casa están llamados á oír y juzgar las obras presentadas. La admisión de

éstas depende de un comité de lectura, importante tribunal presidido por el administrador del teatro y convencido de que ejerce una de las funciones más trascendentales de la nación.

Hay en la casa de Molière dos clases de lecturas:

1.^a Trátase de una obra de autor famoso.

(Para el comité, la única fama legítima y valerosa es la adquirida en su teatro.)

La casa está de fiesta. Cada socio llega antes de la hora fijada en la tablilla. Van todos de levita y algunos sienten que no se haya convenido ir de frac.

La entrada del autor es saludada con un murmullo de alegre simpatía, y desde la primera escena hasta la última, la obra es, á cada punto, interrumpida con exclamaciones de admiración y con frases de entusiasmo. Terminada la lectura, estalla un coro de felicitaciones y alabanzas, entre repetidos abrazos.

2.^a Se trata de un autor nuevo en la casa. Entonces hay cambio de decoración. Nadie muestra tener gran confianza en la obra, por temor de equivocarse. Ya no es una fiesta; es una obligación pesada. Cada socio llega con retraso y escucha con una frialdad benévola y cortés. En seguida, cada cual da sus consejos. Quien propone que se modifique el desenlace; quien quisiera cambiar la exposición, y no falta quien declare que habrá necesidad de refundir toda la obra en los ensayos.



Teatro del Odeón

Se repiten los mismos casos que en la Comedia Francesa, aunque con menos solemnidad, y un tercero, que es el que con más frecuencia se presenta en el segundo Teatro Francés.

El autor tiene veinte años y la obra es una pieza en un acto y en verso. Esta vez, no son artistas, sino verdaderos padres los que rodean al joven poeta, á quien escuchan con indulgencia, animándole de vez en cuando con una mirada ó una sonrisa. Terminada la lectura, los aplausos estallan invariablemente, y el autor sale del teatro convencido de que en pocos años eclipsará la gloria de Rostand.

Gymnase

El autor se sienta en una silla delante de un velador y entre Porel y Carré, sentados en sillones.

Silencio solemne y respetuoso.

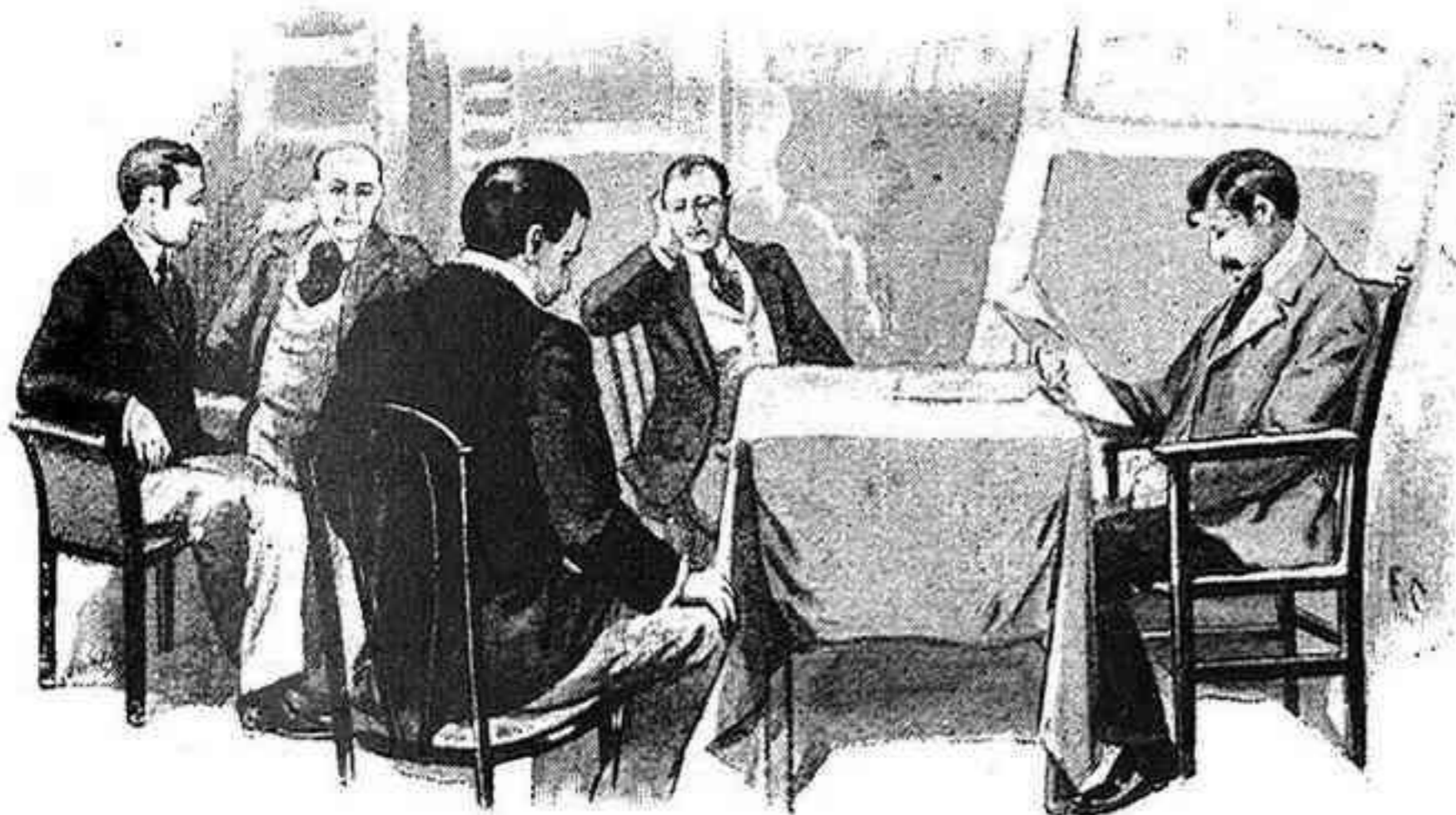
Empieza la lectura y he aquí lo que ocurre entonces.

A cada pasaje saliente, Carré mira á Porel, y cada artista mira á Carré. Si Porel ríe, Carré ríe á su vez, y todos los artistas se echan á reír. Si Porel llora, también llora Carré, y todos los artistas se echan á llorar.

Es justo añadir que Porel se equivoca raras veces.

Palais Royal

¡Cosa más extraña! En este teatro, que tiene la reputación de ser tan divertido, las lecturas son invariablemente lúgubres. No hay autor que pueda alabarse de haber hecho desarrugar el entrecejo á esos actores, cuyo solo nombre tiene el don de hacer reír á los provincianos.



Por esto la formalidad de la lectura es un verdadero suplicio para los autores de la casa.

Al ver las caras compungidas y al oír los ahogados suspiros de los que asisten al acto, hay para creerse transportado á una cámara mortuoria. Los actores parecen los parientes del muerto, y el autor que recita, sentado á una mesa cubierta con un tapete verde, parece el notario leyendo el testamento del difunto.

Ningún autor cómico pudo arrancar jamás una sonrisa á los actores austeros del Palais Royal.

¿Cómo se explica ese fenómeno? De un modo muy sencillo. Esos actores no quieren que pueda decirse que tal ó cual comedia es divertida gracias al autor. Si divierte al público, se debe á la manera de representarla. La prueba está en que

no les hizo reír poco ni mucho á la lectura.

Châtelet

Un personaje importante asiste á todas las lecturas; un personaje más considerable que el empresario y los artistas reunidos:

El maquinista.

Todos le miran para juzgar del efecto de tal ó cual situación. A veces se nota frialdad en el auditorio, y él toma la palabra en estos términos:

—¡Oh! lo que es en ese cuadro, ya verán ustedes el efecto de la decoración!... El éxito es seguro.

* * *

Pero si hay lecturas solemnes, lecturas íntimas, lecturas alegres y lecturas tristes, las

hay también exentas de toda seriedad, como las de las revistas y operetas para suripantas en teatritos y cafés-conciertos.

Allí todo el mundo se tutea y las artistas llevan su familiaridad al extremo de dar puyazos con la sombrilla en el abdomen de los autores. Las *divettes* hablan de sus negocios fumando cigarrillos. El tradicional vaso de agua con azúcar destinado al lector, es substituído por *bocks* para todo el mundo. El empresario paga la primera tanda; si la obra va gustando, el autor paga la segunda, y si la cosa

marcha hasta el fin, el director de escena se corre con la tercera convidada.

Al salir de la lectura, en vez de decir: «Nos hemos reído mucho», los artistas dicen: «Hemos bebido en grande».

Y el cafetero, al corriente de las costumbres de la casa, no deja de apreciar la lectura á su manera:

—A juzgar por los *bocks* que han *absorbido*, el éxito de la obra es seguro. —

JUAN B. ENSEÑAT

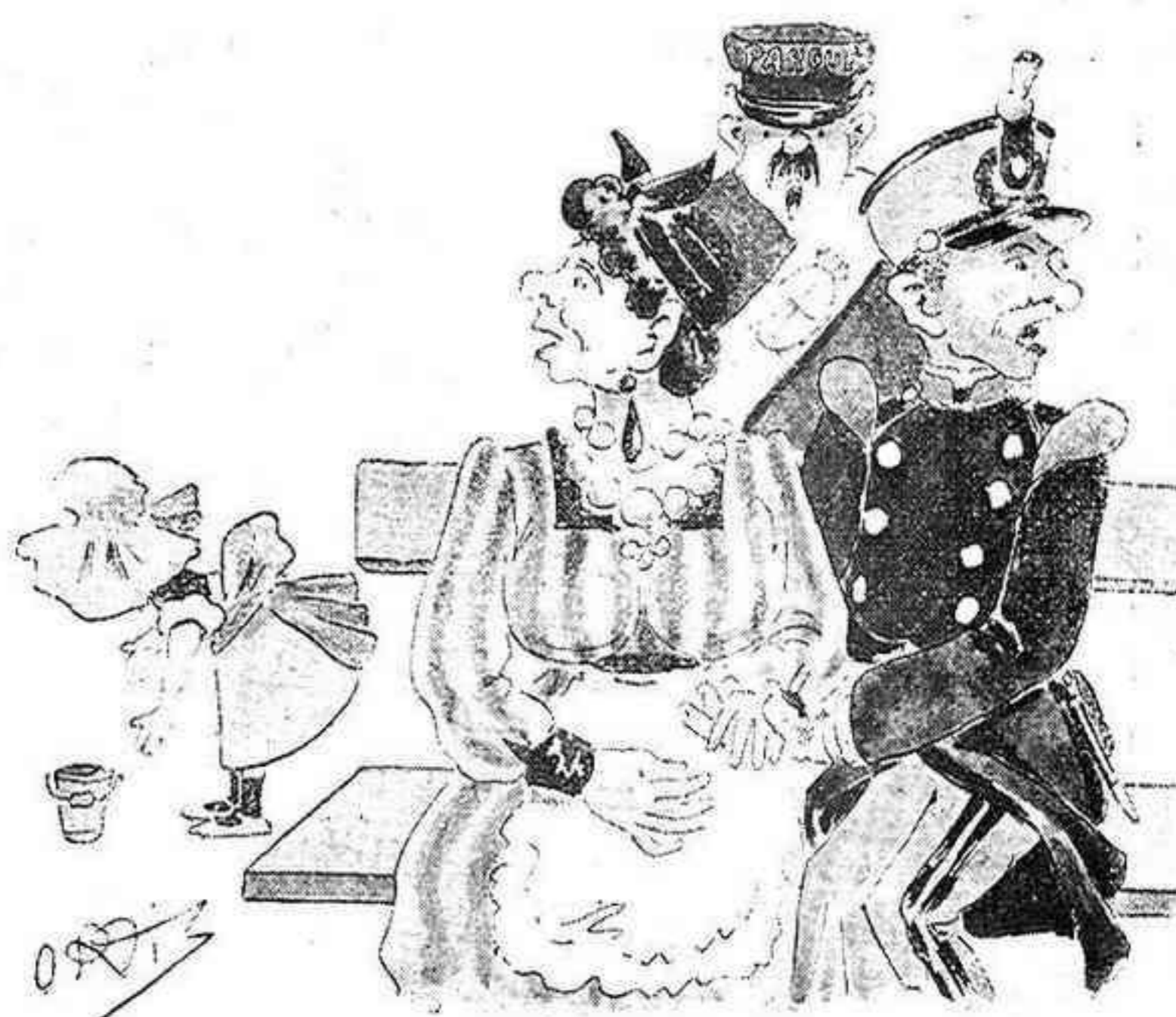
(Ilustraciones de E. Casanovas.)

MARTE Y VENUS Ó EXPANSIONES MARCIALES

Ó DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE, por ORTIZ



1.—Ven á mis brazos Marusa de mi corazón.



2.—Que nos va á ver la gente.—No viene nadie...



3.— ¡Horror de los horrores!...



4.— Sus pesqué en *flegantre* delito de adulterio...

PRISIONES DE PERSONAS DECENTES

I

La fuga de Olózaga

(Apuntes para una historia anecdótica del siglo XIX)

EN la noche del 17 de Marzo de 1831, prendieron á don Salustiano, que vivía en la calle de Preciados con su padre y su hermano, y le condujeron á la cárcel de la Villa, recluyéndole en el calabozo general, llamado por el vulgo *El Infierno*. Estaba completamente á oscuras la mazmorra. Cuando los carceleros empujaron en ella al nuevo preso, encendiéronse cuatro ó cinco pábilos que los confinados hacían con hilas de sus ropas, impregnadas en el tocino del rancho, y al verle señorito y bien puesto, menudearon las bromas injuriosas y agresivas. Poco después de Olózaga, entraban en la cárcel Bringas, rico comerciante de la plaza Mayor, el oficial de artillería Torrecilla, uno de los héroes del 7 de Julio, el librero don José Miyar, sorprendido en casa de Marcoartú, el nobilísimo don Rodrigo de Aranda y otros *negros* y empecatados liberales. Ocasionó esta leva, la denuncia de un miserable conjurado, hecha á Calomarde, que éste aceptó poniendo al pie de ella, de su puño y letra: «Páguesele una onza, sin recibo.»

¿Y por una onza iba toda aquella honrada, liberal, patriota á la cárcel, á la deportación y á la horca?

Apenas entró luz del día en la mazmorra, una comisión de criminales de los que habitaban por derecho propio *El Infierno*, en la que figuraba Luis Candelas, poco famoso todavía, se acercó á Olózaga y le mostró este letrero, que con grandes y destartaladas letras estaba escrito en el muro:

El que entra en este chiscón
pagará 30 reales de vellón.

Con una onza que Olózaga llevaba escondida en la bocamanga de la chaqueta, y que milagrosamente se había escapado de la requisa, calmó á aque-

llos desalmados y se captó el respeto y voluntad de todos.

Desde que entró don Salustiano en la cárcel, sabía que la horca le aguardaba, y así desde el primer día no pensaba más que en fugarse. La Sala de Alcaldes se apresuró á condenar al infeliz Miyar, á pesar de no probarse ninguna de las acusaciones

que contra él hicieron. El 12 de Abril fué el día señalado para la ejecución, y desde la víspera estuvo Olózaga sometido al tormento brutal de oír desde su calabozo, la lúgubre y agónica *Salve de los ahorcados*. Muchos años después refería don Salustiano, de tal modo que horrorizaba oírle, como aquel canturreo tristísimo le puso á punto de enloquecer. Por no oírlo se tapaba los oídos con las manos, hundía la cabeza bajo los colchones del camastro, y como aunque más débil, lo escuchaba aún, tapaba los resquicios de puertas y ventanas y todavía, á través de las paredes, llegaba la fúnebre salmodia.

No era Olózaga sólo quien pensaba en su fuga, sino que sus parientes, desde fuera de la cárcel, y los presos que le acompañaban, se esforzaban para devolverle la libertad.

Fracasó una intentona preparada por el vagacísimo Luis Candelas; entró la guardia y mató á un preso. Retrasábase algo la sentencia de Olózaga, porque siendo abogado y de familia conocida y principal, buscaban cargos que hacerle, no apareciendo contra él más que una indicación, encontrada en la carta que Marcoartú escribía con tinta simpática, cuando fué su casa asaltada por los esbirros.

Sobornando á un carcelero pudo una madrugada, después de la requisa, ver en un pasillo á su compañero de conjura Bringas, el rico tendero de la plaza Mayor, proponiéndole que uno de ellos



se fingiera mudo ó sordo y otro loco, para lograr que la sentencia se dilatara. Escogió Bringas el papel de mudo, y Olózaga, apenas llegó á su celda, desnudóse totalmente, abrió la ventana del calabozo, que daba al Norte, y se tendió en el suelo, soportando el frío que acabó por helarle y entumecerle.

Cuando, ya de mañana, entró el carcelero, asustóse de verlo rígido y cadavérico y comenzó á dar voces. Alcaldes y claveros le palpaban y hablaban, y todos se convencieron de que estaba muerto ó en el último extremo de la agonía. Engañáronse también los médicos que, después de abrigarle y volverle á la vida, afirmaron que padecía una gran perturbación mental, juzgando por su mirada extraviada y su razón desvariante. También engañáronse el juez, el gobernador de la sala y su mismo padre que, por gracia especial, pudo visitarle en el calabozo.

Ganaron con esta estratagemata una prórroga, y validos de ella formaron varios proyectos para la fuga, que á medida que comenzaban á ejecutarse, fracasaban por mil estorbos y dificultades, hasta el punto de que Bringas, totalmente desalentado, decidió rendirse á su adversa suerte y esperar tran-

quilo que le llegase la hora de subir al cadalso. Don Salustiano, en cambio, enardeciase más á medida que las contrariedades surgían. Dispuesto á fugarse, se proveyó de un uniforme de teniente coronel, y en la noche del 20 de Mayo, después de intentar en vano convencer á Bringas de que le acompañase, se preparó á huir solo. Antes de intentarlo, escribió una carta á la Sala, en la que el jurisconsulto revolucionario de aquella época, que á los del siglo XX se nos antoja cándida, se retrataba de cuerpo entero. Decía así:

«Cuanto más duras son las prisiones, con mayor empeño procuran los hombres evitarlas; la cárcel es más insoportable para el inocente que para el culpado; luego la fuga, lejos de considerarse como confesión de delito, siguiendo la opinión absurda de antiguos criminalistas, debe, por el contrario, ser mirada como prueba de inculpabilidad. Es de creer que la Sala adopte este criterio, pero en todo caso:

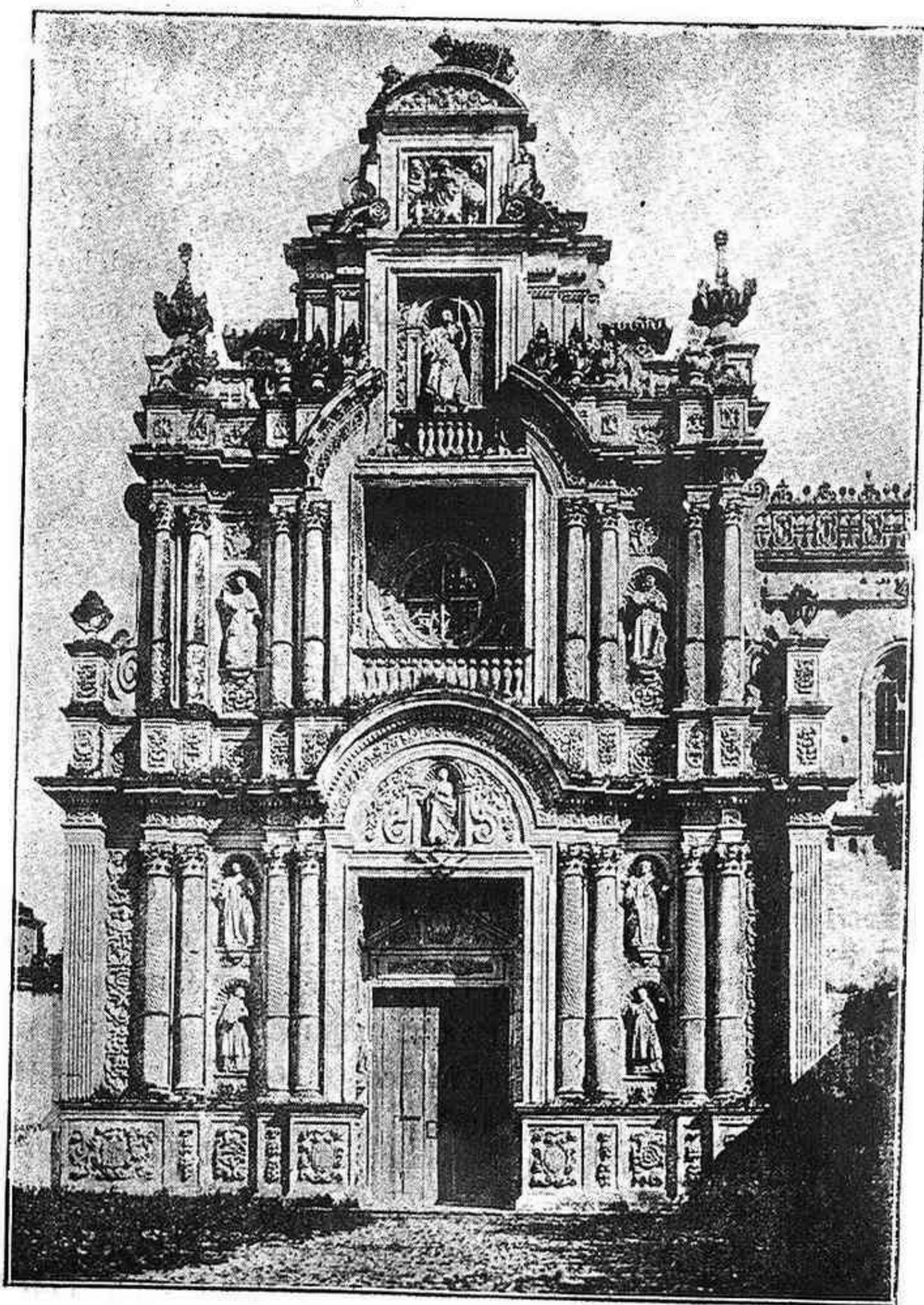
DECLARO que nadie ha tenido parte en mi fuga; que la emprendo, íntimamente convencido de que toca en lo imposible que la consiga y deseo que no sufra otro los resultados de lo que es obra, exclusivamente mía.»

Luego puso en candelabros y botellas todas las velas que halló á mano y las encendió diciendo: «Si salgo bien servirán de iluminación que celebre en el calabozo mi fuga; si me traen muerto, harán las veces de cirios.»

Y hecho esto, con un cordelito hábilmente preparado, descorrió el cerrojo, que aunque era de gancho, con el pretexto de ir á ver á Bringas y mediante una buena propina, había quedado aquella noche corrido, pero no enganchado. Apenas salió acercáronsele dos perros enormes que vigilaban la cárcel, y á los que todo el tiempo de su prisión, había Olózaga acariciado y regalado. Los animalitos no ladraron, sino que al contrario, se colocaron uno á cada lado del fugitivo, como si quisiesen acompañarle y ayudarle.

A poco, bajando una escalera en construcción, á la que faltaba la barandilla, apagóse la linterna que llevaba. Con toda sangre fría, y siempre seguido de los perros, volvió á tientas al calabozo, cogió una de las velas que habían quedado encendidas, arregló la linterna, y comenzó de nuevo la obra de su evasión.

Llegó hasta la puerta de la cárcel, lugar donde se había pagado lo bastante, para que un centinela que allí debía estar no estuviese, á pesar de lo cual estaba y dió la señal de alarma. Los demás centi-



LA CARTUJA DE JEREZ

nelas, que debían estar aletargados, según lo convenido y pagado, estaban muy despiertos y acudieron en seguida. No se amilanó Olózaga por ello.

Sacó un puñal y blandiéndolo, al mismo tiempo que con la mano izquierda dejaba caer un puñado de onzas, gritó: *¡Onzas y muertes reparto!* Logró meter en la cerradura la llave que llevaba preparada y describió la primera vuelta, pero al dar la segunda, un carcelero, llamado Poela, le asestó con gran violencia una puñalada. Al esquivarla, cayóse al suelo la llave, pero en aquella confusión alguien apagó la única luz que alumbraba y recogió la llave, volviendo á meterla en la cerradura. Olózaga derramó con estrépito nuevo puñado de onzas y no sólo logró salir en medio de la obscuridad, sino que llevándose la llave, cerró la puerta por fuera.

Al salir, nueva contrariedad. Contaba con que un amigo hubiese ido, disfrazado de soldado, á entretener al centinela, preguntándole si había salido de la cárcel su amo, el teniente coronel, que era fiscal en la causa contra los *pícaros negros*. El centinela estaba solo y al ver salir un bulto, acercóse resueltamente. Olózaga le esperó tranquilo; con el pretexto de atusarse el bigote le enseñaba los galones de la bocamanga, y cuando el centinela le saludó militarmente, contestóle Olózaga: «¡Hola, centinela! ¡Buena noche!» y con paso sosegado se encaminó á la calle Mayor, en una de cuyas esquinas le aguardaba el amigo que debió haber distraído al centinela.

A todo correr llegaron á la plaza de Oriente, y de allí, convencidos de que nadie les seguía, subieron por la calle del Arenal, donde el amigo separóse para llevar la noticia al padre del fugitivo que la aguardaba impaciente. La alarma había cundido y en la Puerta del Sol había guardias, carceleros y alguna gente.

La sombrerería de Baraibar, donde Olózaga debía refugiarse, estaba en la Puerta del Sol, entre la calle de Carretas y la hoy llamada de Espoz y Mina, en el lugar que hoy ocupa el café de Levante.

Cerca de dos horas anduvo don Salustiano buscando modo de entrar en la ancha plaza, sin ser visto, y al fin llegó á ella, entrando por la Carrera de San Jerónimo, y rendido ya, se dejó caer sobre la puerta de la sombrerería, que aguardándole, estaba entornada.

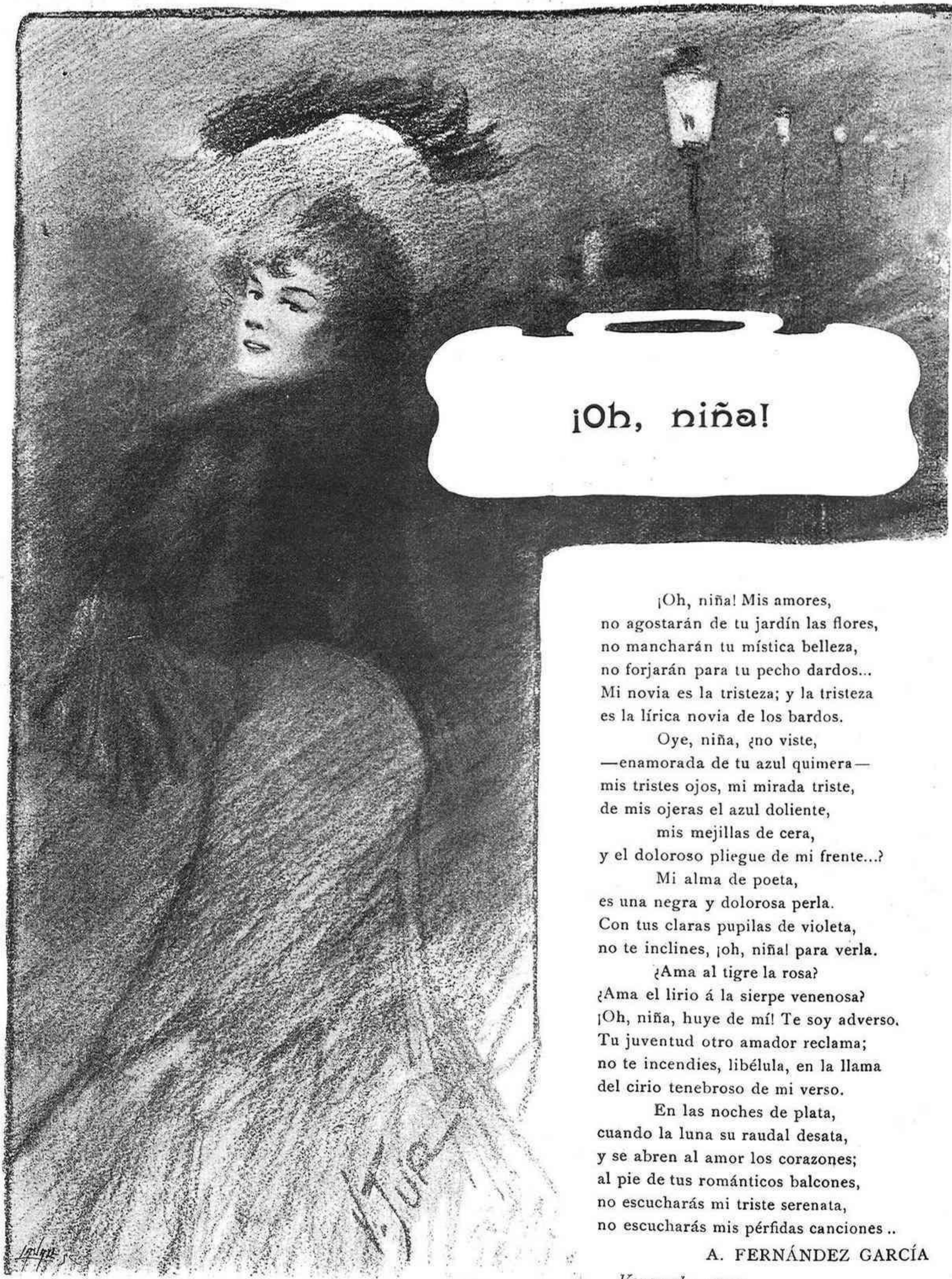
A Baraibar, con el regocijo de tener allí libre y salvo á su buen amigo, se le fué el santo al cielo; sacó vino y bizcochos, quiso enterarse de todas las peripecias de la fuga y dejó que la mañana se echase encima. Sólo cuando oyó hablar á las criadas de la vecindad, en el patio, se acordó de que Olózaga tenía que atravesarlo para esconderse en el sótano de la sombrerería, único lugar de ella donde podía estar seguro. Así, aquel día lo pasó Olózaga metido dentro de una estantería de la trastienda, sentado en una sillita baja, acurrucado debajo de un montón de sombreros, oyendo á los realistas, covachuelistas, guardias de Corps y otros *blancos* que formaban la tertulia del dueño de la sombrerería, ausente entonces, pues Baraibar era sólo un encargado, los comentarios con que deploraban la fuga de aquel abogadillo revoltoso y sin juicio.

A la noche siguiente bajó al sótano y de allí salió siete veces, de madrugada, en busca de cierta aventura amorosa que le tenía trastocado el seso. Luego se trasladó á la guardilla que en la misma Puerta del Sol habitaban Baraibar y su mujer, pero como la búsqueda del fugitivo no cesaba y se supo que á Bringas se le aplicaban repugnantes tormentos, se dispuso la fuga á la Coruña y de allí á Francia, en la que ocurrieron cosas extraordinarias, que necesitan más espacio para ser narradas.

Al anochecer del 15 de Julio, cuando comenzaba la verbena del Carmen, muy alegre y esplendorosa en la época de Calomarde, salió Olózaga de Madrid, por la Puerta de San Vicente, habiéndose pelado las cejas y las pestañas, de cuya abundancia, tamaño y negrura, estaba muy ufano el revolucionario mozalvete.

DIONISIO PÉREZ





¡Oh, niña!

¡Oh, niña! Mis amores,
no agostarán de tu jardín las flores,
no mancharán tu mística belleza,
no forjarán para tu pecho dardos...
Mi novia es la tristeza; y la tristeza
es la lírica novia de los bardos.

Oye, niña, ¿no viste,
—enamorada de tu azul quimera—
mis tristes ojos, mi mirada triste,
de mis ojeras el azul doliente,
mis mejillas de cera,
y el doloroso pliegue de mi frente...?

Mi alma de poeta,
es una negra y dolorosa perla.
Con tus claras pupilas de violeta,
no te inclines, ¡oh, niña! para verla.

¿Ama al tigre la rosa?
¿Ama el lirio á la sierpe venenosa?
¡Oh, niña, huye de mí! Te soy adverso.
Tu juventud otro amador reclama;
no te incendies, libélula, en la llama
del cirio tenebroso de mi verso.

En las noches de plata,
cuando la luna su raudal desata,
y se abren al amor los corazones;
al pie de tus románticos balcones,
no escucharás mi triste serenata,
no escucharás mis pérfidas canciones ..

A. FERNÁNDEZ GARCÍA

Venezuela, 1992.



¡Mecachis, qué calor tan sofocante!
 ¡Esto no hay quien lo aguante!
 El traje de lanilla que uno lleva
 resulta abrumador y hasta malsano.
 ¡Bien debieron de andar Adán y Eva
 cuando iban ella y él tan.. de verano!
 Ahora no hay quien conciba
 moda tan fácil, fresca y primitiva.
 Pero, hembras y varones
 usan trajes ligeros y sencillos.
 Individuos he visto en reuniones
 presentarse con blancos pantalones
 como quien se presenta en calzoncillos;
 y calzados con blanca y fina tela
 que dibuja sus pies,
 como haría una alegre damisela
 al ir á los *sarados* y *soirés*,
 y luciendo, además,
 un sombrero de paja
 que lleva por delante el ala baja
 y doblada hacia arriba por detrás...
 ¡Oh, qué elegantes son! Con su elegancia
 se darán importancia
 luego, que gozarán del veraneo
 en animados viajes de recreo.
 De algunos elegantes he sabido
 que, en cuanto en los diarios han leído
 que enseguida la Corte
 va á comenzar el viaje por el Norte,
 han hecho las maletas
 y se van á marchar .. ¡hacia Caldetas!

* *

¿Que la catástrofe del puente de Montalvo fué horrible,
 espantosa? ¿Que hubo más de cincuenta muertos y más de
 cien heridos? ¿Que hay que exigir grandes responsabilidades
 á la Compañía ferroviaria?

Sí, señores. Es cierto,
 pero ustedes verán
 que, dentro de ocho días,
 nadie se va á acordar
 de los desventurados
 que murieron allá.
 Recientes las desgracias,
 fué todo nuestro afán
 el conocer la lucha,

briosa por demás.
 entre Soriano, Blasco,
 Llorens y Nosedal.
 ¿Que entre los dos primeros
 habrá un lance quizá?
 ¿Que ya Blasco en política
 no quiere figurar?
 Eso sí que á las gentes
 les preocupa más.

* *

Lo prensa, que insiste en censurar los abusos de las
 compañías de ferrocarriles—y le sobra razón—ataca á los
 prohombres que figuran en la política y ejercen altos pue-
 stos en los consejos de dichas compañías.

Bueno. Esos ataques ya debieron dirigirse, años atrás,
 contra algunos que fueron jefes de gobierno, como ahora
 se dirigen contra el señor San Pedro.

Y expongo esta apreciación
 sin asomos de pasión,
 ni de parcial interés;
 que ese San Pedro no es
 santo de mi devoción!

* *

He observado lo siguiente: que se salvaron, resultando
 ilesos en la catástrofe, unos viajeros que iban en primera,
 jugando al tute; y que perecieron muchas de las gentes que
 ocupaban las terceras.

Deducción que al instante
 se hará cualquiera:
 Ya sé que al otro mundo
 se va en tercera.

* *

El otro día, un ladrón vulgar, para robar 4 000 pesetas
 á un dependiente de una fábrica de paraguas de Barcelona,
 le echó las manos al cuello y por poco lo estrangula.

Hombre, esas no son formas para robar. Eso es anti-
 cuado

En Madrid, un joven de distinguido porte se apoderó de
 las alhajas de una mujer, enamorándola antes con delica-
 das frases llenas de ternura... Y huyó.

Ella lo delató en el Gobierno civil.

Mas, respecto al jóven
 la mujer decía:
 ¡Si vieran ustedes
 que formas tenía!

* *

Nos dice un reporter: «Movimiento obrero de hoy. Sigue
 el paro de los obreros de transportes, zapateros, albañiles,
 picapedreros, torneros, embaladores...»

Yo le interrumpo al momento
 y digo: Eso no está claro.
 Si nos habla usted del paro
 por donde anda el movimiento?

* *

De Londres: En la carrera de automóviles de Dublin
 resultaron heridos ocho automovilistas.

¿Heridos? Es de sentir,
 pero aun quedaron en salvo.
 ¡Ay, si se les ocurre ir
 por el puente de Montalvo!

* *

Romanones ha dicho en el Congreso que hay que dar la
 enseñanza oficial según los últimos adelantos modernos

¿Ultimos adelantos? Amigo; lo que falta es sólidos prin-
 cipios.

Yo á Romanones
 puedo contarle
 —y esto es bien cierto,—
 que, días antes
 de que cayeran
 los liberales,
 un diputado

—no he de nombrarle—
 me escribió: «Opino
 que esto se cae;
 ya este gobierno
givele á cadáver...»
 ¡De usted adelantos
 á ese compadrel

Julio Martínez Sierra

BATIBURRILLO

EPIGRAMAS

Escapando de un malvado,
llamaba don Melitón
en un portalón cerrado,
pidiendo á grito pelado
que le dieran protección.
Y el portero que, en verdad,
era de finos modales
le dijo:—Sin miedo entrad,
que estáis en la «Sociedad
protectora de animales».

Quiere darme Encarnación
un mechón de sus cabellos,
pero yo hago burla de ellos
y no le tomo el mechón.
Y la niña clama al cielo
y va diciendo á la gente
que soy muy poco decente
porque no le tomo el pelo.

J. AGUADO PÉREZ

Un bendito escribió la siguiente carta á un amigo suyo:

«Mi querido C...: me he dejado olvidada la petaca de plata en tu casa; ten la bondad de mandármela por el dador de la presente.»

Al ir á cerrar la carta, encuentra la petaca y añade:

«*Posdata*: Acabo de hallar la petaca; no te molestes en buscarla. Adiós.»

Y cierra el billete, y lo envía á su amigo.

Decía cierto marqués á un gran capitalista:

—Sabed que yo soy hombre de *calidad*.

Y el capitalista le contestaba:

—Y yo soy hombre de *cantidad*.

Anunciaron en presencia de don Pancracio que el deán de J... había muerto.

—No lo crean ustedes, —dijo;—si hubiese muerto, me lo habría escrito, porque me lo escribe todo.

PASATIEMPOS

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Color	Preposición
En los conventos	

AGUSTÍN GIL.

CHARADA

Primera.—Letra.

Prima dos.—Parte del cuerpo.

Tercera.—Planta.

Todo.—Animal.

E. PAREDES ZAPLANA.

TARJETA

Mariano Dasenselado

Clot

Con esta tarjeta debidamente combinada, formar el título de una zarzuela castellana en tres actos.

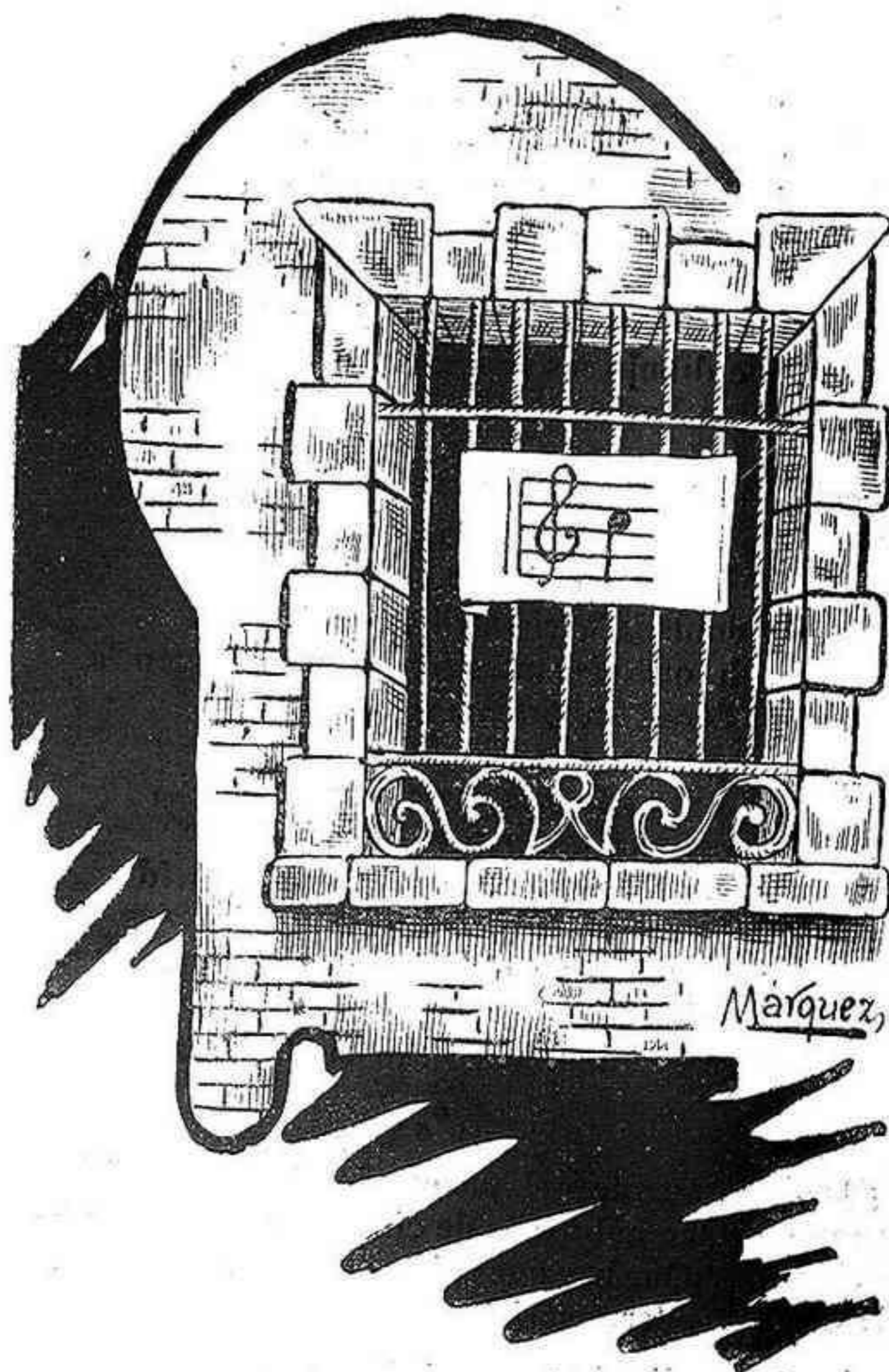
INTRÍNGULIS

A A A A A A A

Con estas siete vocales y ocho consonantes formar el título de una comedia castellana.

ROMÁN LOJUP

FRASE HECHA



CORRESPONDENCIA

Gabriel de Medina.—Las «Salidas de tono» tienen poco saliente y los «Colmos» lo mismo.

A. B.—Está bien escrito, pero el asunto es el del eterno golfo... ¡Vamos! ¡Que carece de novedad!

Pierrot.—Puede enviarlo nuevamente, con la firma verdadera.

C. R.—Está bien.

E. P. L.—Algo aprovecharemos.

Pitágoras.—Su anónimo huele á despecho á ciento y pico de leguas. No me cabe duda: usted es un genio no comprendido que por amor al arte se toma la molestia de meterse en camisas de once varas y dar pareceres—que es el colmo de la majadería—que nadie le pide.

P. P.—Aristóteles.—D. A. D. de A.—D. A. T. de M.—San Tana.—Lucio.—A. S. P.—R. S. y C.—Un buen noy.—C. S. y S.—P. P. y W.—Lentejica: Perdones por Dios, hermanos.

F. Giró, impresor. — Calle Valencia, 233, Barcelona.